H. P. Lovecraft

LA CIUDAD SIN NOMBRE

Cuando me aproximé a la ciudad sin nombre, comprendí que estaba maldita. Recorría un valle terrible y reseco a la luz de la luna, y la vislumbré a lo lejos, resaltando de forma increíble sobre la arena, tal como los miembros de un cadáver podrían sobresalir de una tumba poco profunda. El miedo se albergaba en ese vetusto superviviente del diluvio, esa tatarabuela de la más antigua de las pirámides; y había un aura invisible que me rechazaba, instándome a renunciar a los antiguos y siniestros secretos que ningún hombre debe contemplar, y a los que ningún hombre había osado nunca acercarse.

La ciudad sin nombre se halla perdida en lo más profundo del desierto de Arabia, desmantelada y en ruinas, C()n sus bajos muros ocultos por las arenas de incalculables edades. Debía estar en tal estado ya antes de que colocasen la primera piedra de Menfis, y mientras los ladrillos de Babilonia estaban aún por cocer. No hay leyenda tan antigua como para recoger su nombre o recordar cuando aún estaba viva, pero se la menciona en susurros en torno a los fuegos de campamento y es mentada por las abuelas en las tiendas de los jeques, por lo que todas las tribus la evitan sin saber muy bien por qué. Fue con este lugar que Abdul Alhazred, el poeta loco, soñó la noche anterior a cantar su inexplicable pareado:

«Que no está muerto lo que puede yacer eternamente, Y en los eones por venir aun la muerte puede morir. »

Debí haber sabido que los árabes tenían buenas razones para evitar la ciudad sin nombre, la ciudad citada en extraños cuentos, pero nunca vista por hombres vivos; sin embargo, yo los desafié, adentrándome con mi camello en el desierto no hollado. Tan sólo yo la he visto, y es por eso que ningún otro semblante luce unas líneas de miedo tan espantosas como las mías, por lo que ningún otro hombre tiembla de una forma tan horrible cuando el viento nocturno hace estremecer las ventanas. Cuando la descubrí en esa horrible quietud de sueño eterno, me miró estremecida por los rayos de una luna fría en mitad del calor del

desierto. Y, al devolver la mirada, se esfumó la alegría de hallarla, y me detuve con mi camello a la espera del alba.

Aguardé cuatro horas, hasta que el este viró al gris y las estrellas se esfumaron, y el gris se tornó claridad rosácea ribeteada de oro. Escuché un lamento y vi una tormenta de arena que se arremolinaba entre las antiguas piedras aunque el cielo estaba claro y los vastos horizontes del desierto calmos. Entonces, de súbito, sobre el lejano borde del desierto, se alzó el ardiente filo del sol, entrevisto a través de la pequeña tormenta de arena que ahora se alejaba, y en mi febril estado creí que, desde alguna profundidad remota, se alzaba un musical estruendo metálico para saludar al fiero disco, tal y como Memnón lo saludaba a orillas del Nilo. Mis oídos zumbaban y mi imaginación se desbocaba según guiaba lentamente a mi camello por las arenas hacia aquel anónimo lugar de piedra; ese lugar demasiado viejo para que Egipto y Meroe pudieran recordarlo; el lugar que sólo yo, entre toda la humanidad, he contemplado.

Merodeé de un lado para otro, entre los informes cimientos de casas y palmeras, sin encontrar ni una talla o inscripción que hablase de aquellos hombres, si hombres eran, que construyeran la ciudad y viviesen en su interior tanto tiempo atrás. La antigüedad del sitio resultaba malsana y porfié en la búsqueda de algún signo o aparato que probase que la ciudad, en efecto, era obra de la humanidad. Ciertas proporciones y dimensiones de las ruinas me disgustaban. Acarreaba conmigo algunas herramientas y excavé generosamente entre los muros de los edificios en ruinas; pero los progresos eran lentos y no apareció nada de relevancia. Cuando volvieron la noche y la luna, sentí un viento frío que traía miedos nuevos, así que no me atreví a continuar en la ciudad. Al abandonar las antiguas murallas para la pernocta, un pequeño torbellino de arena se abalanzó a mis espaldas, soplando sobre las piedras grises a pesar de que la luna brillaba y el resto del desierto estaba en calma.

Me desperté al alba saliendo de un carrusel de sueños horribles, los oídos aún repicando con algún tañido metálico. Vi al sol asomar rojizo entre los últimos soplos de la pequeña tormenta de arena que flotaba sobre la ciudad sin nombre, acentuando la quietud del resto del paisaje. De nuevo me aventuré entre aquellas meditabundas ruinas que se insinuaban bajo las arenas como un ogro bajo un cobertor, y de nuevo estuve excavando en vano en busca de restos de la raza olvidada. Descansé a mediodía, y por la tarde empleé mucho tiempo marcando las murallas y las calles pretéritas, así como los contornos de edificios casi desaparecidos. Comprobé que había sido una ciudad poderosa, y me pregunté por el origen de su grandeza. Me pinté todo el esplendor de una era tan antigua que los caldeos no podían recordarla, y pensé en Sarnath la maldita, que se levantaba en la tierra de Manar cuando la

humanidad era joven, y en Ib, que fuera esculpida en piedra gris antes del alba de la humanidad.

Una vez llegué a un lugar donde el lecho de roca asomaba desnudo a través 'de la arena, formando un pequeño risco, y aquí vi con alegría lo que parecía prometer nuevas pistas sobre el pueblo antediluviano. Burdamente cinceladas en la cara del risco, se hallaban inconfundibles fachadas de varias moradas o templos pequeños y rechonchos, en cuyo interior podían conservarse multitud de secretos procedentes de eras demasiado remotas para ser calculadas, aunque las tormentas de arena hubieran borrado mucho tiempo atrás cualquier talla que pudiera haber existido en el exterior.

Todas las oscuras aberturas que encontré cercanas eran muy bajas y se hallaban ocluidas por la arena, pero yo franqueé una con mi pala y me arrastré hasta el interior, llevando una antorcha para alumbrar cualesquiera secreto que albergase en su seno. Una vez dentro, comprobé que sin duda la caverna se trataba de un templo y contemplé señales evidentes de la raza que viviera y adorara allí antes de que el desierto fuera tal. No faltaban primitivos altares, columnas y nichos, todos curiosamente bajos; aunque no distinguí esculturas ni frescos, había piedras muy singulares conformadas claramente, por medios artificiales, para convertirse en símbolos. La poca altura de la estancia cincelada resultaba de lo más extraña, ya que yo no podía pasar sino de rodillas, y sin embargo el lugar era tan amplio que mi antorcha no podía revelar de una vez sino partes. Me estremecí de forma extraña ante alguna de las esquinas más alejadas, ya que ciertos altares y piedras sugerían olvidados ritos de naturaleza terrible, enervante e inexplicable, y me llevó a preguntarme sobre qué clase de hombres podían haber hecho y frecuentado tal templo. Cuando hube visto cuanto contenía el lugar, me arrastré afuera, ávido de descubrir lo que pudieran ofrecer templos restantes.

La noche estaba ahora próxima, aunque las cosas palpables que viera hacían que la curiosidad sobrepasase al miedo, por lo que no huí de las largas sombras lunares que me desalentaron la primera vez que vi la ciudad sin nombre. A la luz del crepúsculo despejé una nueva abertura y, con otra antorcha, me arrastré al interior, encontrando más piedras y símbolos imprecisos, aunque nada más definido de lo que había contenido el otro templo. La estancia era igualmente baja, pero menos amplia, finalizando en un pasadizo sumamente angosto, rematado con nichos oscuros y misteriosos. Indagaba en tales nichos cuando el ruido de viento, así como los de mi camello en el exterior, quebraron el silencio y me obligaron a retroceder para investigar qué pudiera haber asustado a la bestia.

La luna resplandecía extraordinariamente sobre las primitivas ruinas, iluminando una espesa nube de arena aparentemente alzada en alas de un viento fuerte, aunque ya en disminución, que soplaba desde algún punto del risco de delante. Yo sabía que era este viento frío y arenoso el que había asustado al camello y estaba a punto de conducirlo hasta algún lugar más abrigado cuando acerté a mirar y vi que no había viento en la parte alta del risco. Eso me produjo asombro, y me hizo sentir de nuevo el miedo, pero inmediatamente recordé los bruscos vientos localizados que viera y oyera al alba y al ocaso, y decidí que se trataba de algo normal. Supuse que procedía de alguna fisura en la roca, conducente a una cueva, y observé las alborotadas arenas para descubrir su origen; pronto comprobé que procedía de la negra abertura de un templo muy al sur de donde yo me hallaba, casi fuera de la vista. Luchando contra la asfixiante nube de arena, me encaminé laboriosamente hacia ese templo que, según me acercaba, parecía bastante mayor que el resto y mostraba una abertura menos bloqueada por la arena apelmazada. Podría haber accedido de no mediar la terrorífica fuerza del viento helado, que casi llegó a apagar mi antorcha. Surgía rabioso del oscuro portal, suspirando de forma inquietante mientras agitaba la arena, dispersándola por las extrañas ruinas. Pronto amainó y la arena fue aquietándose, hasta que al final estuvo calma; pero una presencia parecía merodear entre las espectrales piedras de la ciudad y, cuando lancé una ojeada a la luna, ésta pareció temblar como si se reflejase en aguas inquietas. Me sentía más espantado de lo que soy capaz de explicar, pero no lo bastante como para apagar mi sed de maravillas, así que tan pronto como el viento hubo amainado lo bastante me introduje en la estancia oscurecida de la que este brotaba.

Este templo, tal como supusiera desde el exterior, resultaba mayor que cualquiera de los visitados antes, y se trataba presumiblemente de una caverna natural, ya que albergaba vientos procedentes de algún lugar situado más allá. Aquí pude mantenerme erecto hasta cierto punto, pero descubrí que las piedras y altares eran tan bajos como en los demás templos. Por primera vez, advertí en los muros sinuosos trazos de pintura que casi se habían desvanecido o descascarillado, y en dos de los altares, con creciente excitación, descubrí un laberinto de tallas curvilíneas bien realizadas. Según sostenía en alto la antorcha, me pareció que la forma del techo era demasiado regular para ser natural, y me pregunté qué prehistóricos canteros lo habrían trabajado. Su habilidad técnica debió ser notable.

Entonces, un fogonazo de la caprichosa antorcha me mostró lo que buscaba, la apertura hacia aquellos remotos abismos de donde provenía el repentino viento, y me sentí desfallecer al comprobar que se trataba de una puerta pequeña y obviamente artificial abierta en la roca viva. Adelanté mi antorcha, contemplando un túnel negro con un techo que se

arqueaba sobre una tosca escalera de peldaños muy pequeños, numerosos y muy pronunciados. Siempre veré esos peldaños en mis sueños, ya que llegué a conocer lo que significaban. En ese instante apenas sabía si darles el nombre de peldaños o el de simples resaltes para los pies en un vertiginoso descenso. Mi cabeza bullía de locas ideas, y las palabras y advertencias de los profetas árabes parecían flotar cruzando el desierto desde las tierras conocidas por los hombres hasta llegar a esa ciudad sin nombre que la humanidad no se atreve a conocer. Aunque tan sólo dudé un instante antes de precipitarme a través del portal y comenzar a descender con cautela por el empinado pasaje, los pies por delante, como en una escala de mano.

Tan sólo en las terribles fantasías de las drogas o el delirio puede ningún otro hombre haber realizado un descenso similar. El angosto pasaje iba hacia abajo sin fin, como si se tratase de algún odioso pozo fantasmal, y la antorcha alzada sobre la cabeza no llegaba a iluminar las desconocidas profundidades hacia las que me deslizaba. Perdí la cuenta del tiempo y olvidé consultar el reloj, aun cuando me sentía espantado al pensar en la distancia que debía haber recorrido. Había giros en la dirección y la pendiente, y una vez alcancé un pasadizo largo, bajo, nivelado, por el que hube de arrastrarme con los pies delante a lo largo del suelo rocoso, manteniendo la antorcha todo lo apartada de la cabeza que me daban los brazos. El sitio no era lo bastante alto como para ponerse de rodillas. Tras de eso llegaron más escalones empinados y yo aún iba deslizándome sin fin cuando mi debilitada antorcha se apagó. No creo haberlo notado en el momento, ya que cuando me di cuenta aún la sujetaba en alto, como si todavía ardiera. Yo estaba bastante desequilibrado por culpa de esa ansia de lo extraño y lo desconocido que ha hecho de mí un vagabundo y un buscador de lugares lejanos, antiguos y prohibidos.

En la oscuridad relampaguearon en el interior de mi cabeza fragmentos de mi adorado compendio de saberes demoníacos; máximas de Alhazred, el árabe loco; párrafos de apócrifas pesadillas de Damascio e infames sentencias del delirante *Image du Monde* de Gauthier de Metz. Repetía extraños extractos y musitaba sobre Afrasiab y los demonios que flotan en su compañía Oxus abajo, canturreando por -último una y otra vez una frase de uno de los cuentos de lord Dunsany… «La quieta negrura del abismo». En cierto momento en que el descenso se hizo asombrosamente rápido, recité monótonamente algo de Thomas Moore hasta que tuve miedo de entonarlo más:

« Una alberca de oscuridad, negra
Como caldero de brujas colmado

Con drogas de luna en eclipse destiladas.
Agachándome a ver si se podía pasar
Por ese abismo, vi, abajo,
Hasta donde alcanzaba la vista,
los costados del malecón tersos como el cristal
luciendo como recién untados
con esa pez oscura que el Mar de la Muerte
Arroja a sus costas fangosas. »

El tiempo casi había cesado en su curso cuando mi pie sintió de nuevo suelo nivelado, y yo me descubrí en un lugar ligeramente más alto que las estancias de los dos templos más pequeños, ahora a una distancia incalculable por encima de mi cabeza. No pude incorporarme, pero sí ponerme de rodillas, y me deslicé y me arrastré de acá para allá sin rumbo en la oscuridad. Pronto comprendí que me encontraba en un estrecho pasadizo en cuyos muros se alineaban recipientes de madera con el frente de cristal. Que en este sitio abismal y paleozoico pudiera palpar cosas tales como madera pulida y cristal me hizo estremecer por las posibles implicaciones. Las cajas estaban en apariencia ordenadas a lo largo de los lados del pasadizo, a intervalos regulares, y eran oblongas, colocadas horizontalmente, espantosamente similares por su forma y tamaño a ataúdes. Cuando traté de mover dos o tres para su posterior examen, descubrí que se hallaban firmemente aseguradas.

Descubrí que el pasadizo era de gran longitud, y me arrastré adelante con rapidez, reptando de una forma que hubiera resultado horrible para un hipotético observador situado en la negrura; ocasionalmente cruzaba de lado a lado para tantear las proximidades y cerciorarme de que los muros y las hileras de cajas aún seguían ahí. El hombre se halla tan habituado a pensar en forma visual que yo casi olvidaba la oscuridad y me representaba el interminable corredor de madera y cristal con su angosta monotonía como si pudiera verlo. Y luego, en un momento de indescriptible emoción, así fue.

No podría indicar el momento exacto en que mi fantasía dejó paso a una visión real; pero delante surgió gradualmente un resplandor, y al cabo comprendí que me hallaba ante los tenues perfiles del corredor y las cajas, revelados por alguna desconocida fosforescencia subterránea. Por un breve instante todo fue tal y como lo había imaginado, aunque el resplandor resultaba sumamente débil; pero mientras me afanaba mecánicamente en dirección a la luz, descubrí que mi fantasía había sido escasa. Esta sala no contenía toscos restos como los templos de la ciudad superior, sino un tesoro de arte mucho más magnificente y exótico.

Diseños e imágenes ricas, vívidas y osadamente fantásticas formaban una especie de mural continuo cuyas líneas y colores se situaban más allá de cualquier descripción. Las cajas eran de una extraña madera dorada, con exquisitos frontales de cristal y albergando los cuerpos momificados de criaturas que sobrepasaban en extravagancia a los más caóticos sueños del hombre.

Resulta imposible hacerse una idea de tales monstruosidades. Eran reptilescas, con siluetas que sugerían a veces un cocodrilo, a veces una foca, pero más a menudo nada de lo que naturalistas o paleontólogos puedan haber conocido jamás. Su tamaño equivalía aproximadamente al de un hombre pequeño, y sus miembros superiores lucían pies delicados y evidentemente flexibles, curiosamente parecidos a manos y pies humanos. Pero lo más extraño de todo eran sus cabezas, que mostraban formas que desafiaban todos los principios biológicos conocidos. No podría comparar esas cosas con nada... de pasado podría establecer relación con seres tan dispares como el gato, el bulldog, el fabuloso sátiro y el ser humano. Ni siquiera el mismo Júpiter lució frente tan colosal, aunque los cuernos, la ausencia de nariz y esas fauces de aligator colocaba a aquellos seres al margen de cualquier categoría establecida. Dudé por un momento de la realidad de las momias, recelando a medias que se tratase de ídolos artificiales, pero pronto decidí que se trataba efectivamente de alguna especie paleógena que existía cuando la ciudad sin nombre aún estaba viva. Para culminar lo grotesco, la mayoría vestía esplendorosamente con los tejidos más costosos y se adornaba con ornamentos de oro, joyas y refulgentes metales desconocidos.

La importancia de esas criaturas reptantes debió ser inmensa, ya que ocupaban lugar preferente entre los extraordinarios dibujos en los frescos de muros y techo. Con un arte sin par habían sido representadas por el artista en su propio mundo, donde había ciudades y jardines acordes a sus dimensiones; y no pude por menos que pensar que su historia pintada era una alegoría, quizás representando el progreso de la raza que los había adorado. Tales criaturas, pensaba, eran para las gentes de la ciudad sin nombre lo que la loba fue para Roma o algunas bestias totémicas para ciertas tribus de indios.

Desde esa perspectiva, creí poder trazar a grandes rasgos la maravillosa epopeya de la ciudad sin nombre, el relato de una poderosa ciudad costera que gobernara el mundo antes de que África emergiera de las aguas, así como de sus convulsiones cuando el mar se retiró y el desierto llegó reptando hasta el fértil valle que la sustentaba. Contemplé sus guerras y sus triunfos, sus disensiones y derrotas, y su posterior y terrible lucha contra el desierto cuando cientos de sus habitantes -aquí alegóricamente representados por los grotescos reptiles- se vieron forzados a excavar de forma maravillosa las rocas con rumbo a otro mundo anunciado

por sus profetas. Todo ello resultaba tremendamente extraordinario y realista, y su relación con el espantoso descenso efectuado era innegable. Incluso reconocí los pasadizos.

Mientras me deslizaba por el corredor hacia donde la luz era más brillante, contemplé posteriores estadios de la epopeya mostrada... el último adiós de una raza que habitara la ciudad sin nombre y su valle durante diez millones de años, la raza cuyos espíritus se mostraban reacios a dejar los lugares que sus cuerpos conocieran durante tanto tiempo, donde se habían establecido como nómadas en la juventud de la tierra, esculpiendo en la roca virgen aquellos santuarios primitivos donde nunca habían dejado de celebrar sus ritos. Ahora que gozaba de mejor luz, estudié con más detenimiento las pinturas y, recordando que los extraños reptiles debían representar a los hombres desconocidos, reflexioné acerca de las costumbres de la ciudad sin nombre. Había muchas cosas peculiares e inexplicables. La civilización, que incluía un alfabeto escrito, había llegado en apariencia hasta un nivel superior al de aquellas inconmensurablemente posteriores culturas de Egipto y Caldea, aunque existían curiosas omisiones. Por ejemplo, no pude encontrar pinturas representando muertes o costumbres funerarias, excepto en lo tocante a guerras, violencias y plagas; y me interrogué sobre esa reticencia ante lo que se refería a la muerte por causas naturales. Era como si hubiera una idea de inmortalidad terrena que hubiera sido fomentada hasta convertirse en una ilusión de lo más querida.

Aún más cerca del final del pasaje habían pintado escenas de la máxima imaginación y extravagancia; impactantes imágenes de la ciudad sin nombre en su proceso de desertización y ruina progresiva, y del extraño nuevo mundo o paraíso hacia el que la raza se había abierto paso a través de la roca. En tales panorámicas, la ciudad y el valle desierto se mostraban siempre a la luz de la luna, con un halo dorado aureolando los muros abatidos e insinuando a medias la espléndida perfección de los primeros tiempos, pintado por el artista en un estilo espectral y esquivo. Las escenas periodísticas resultaban casi demasiado estrafalarias para ser creíbles, retratando un mundo oculto de día eterno, colmado de gloriosas ciudades y etéreas colinas y valles. Muy al final creí distinguir signos de anticlímax artístico. Las pinturas resultaban menos habilidosas y mucho más estrafalarias que incluso la extravagancia de las primeras escenas. Parecían consignar una lenta decadencia de los antiguos valores unida a una creciente hostilidad contra el mundo exterior del que fueran desalojados por el desierto. Los cuerpos de las gentes -siempre retratadas mediante los sagrados reptiles- parecían menguar gradualmente, aunque sus espíritus, tal como se mostraban flotando sobre las ruinas a la luz de la luna, ganaban en proporción. Sacerdotes demacrados, representados como reptiles de ornados ropajes, maldecían el aire superior y

todo cuanto lo respira, y una terrible escena final presentaba a un hombre de primitivo aspecto, quizás un pionero de la antigua Irem, la ciudad de las columnas, despedazado por las gentes de aquella raza más antigua. Recordé cuánto temían los árabes a la ciudad sin nombre y me congratulé de que más allá de aquel punto los muros y el techo grises estuvieran desnudos de pinturas.

Mientras observaba el despliegue de historia mural me había ido aproximando hasta muy cerca del salón de techos bajos, y reparé en un gran portal a través del que brotaba la fosforescencia que me daba luz. Arrastrándome hacia allí, prorrumpí en un
gran grito de tremendo asombro ante lo que había del otro lado, ya que en la otra y más brillante estancia se encontraba un ilimitado vacío de radiación uniforme, de forma que uno creería estar contemplando desde la cumbre del Everest un mar de brumas bañadas por el sol. A mis espaldas había un pasaje tan estrecho que no podía ponerme en pie; ante mí se encontraba una inmensidad de resplandor subterráneo.

Yendo del pasadizo al abismo se hallaba el primer tramo de una empinada escalera –peldaños pequeños y numerosos, parecidos a los de los negros pasajes que había atravesado–, pero al cabo de pocos metros los vapores resplandecientes lo ocultaban todo. Recostada contra el muro izquierdo del pasadizo se encontraba una pesada puerta de bronce, increíblemente gruesa y decorada con fantásticos bajorrelieves, que, de hallarse cerrada, separaría completamente el mundo interior de luz del de las criptas y los pasadizos de piedra. Observé los peldaños, y al principio no me atreví a aventurarme en ellos. Toqué la puerta abierta de bronce, y no pude moverla. Entonces me tumbé boca abajo sobre el suelo de piedra, con la mente inflamada por prodigiosas reflexiones que ni siquiera el cansancio mortal podían apartar.

Mientras yacía con los ojos cerrados, libre para pensar, multitud de cosas que notara de pasada en los frescos volvieron a mi memoria con significados nuevos y terribles... escenas que representaban la ciudad sin nombre en su apogeo, la vegetación del valle circundándola y las distantes tierras con las que comerciaban sus mercaderes. La alegoría de las criaturas reptantes me turbó por su gran preeminencia y me asombré de que se mantuviera tan a rajatabla en una historia pictórica de importancia tal. En los frescos la ciudad sin nombre era representada de acuerdo con las proporciones de los reptiles. Me pregunté cuáles serían sus proporciones reales y cuál la magnificencia alcanzada, y reflexioné un instante acerca de algunas incongruencias advertidas entre las ruinas. Curioso, pensé en las bajas dimensiones de los templos primigenios y los corredores subterráneos, que sin duda habían sido excavados en honor de las deidades reptilianas allí adoradas, aunque tal obligaría por

fuerza a reptar a los fieles. Quizás los mismos ritos habían llevado aparejado el reptar en imitación de las criaturas. Ninguna teoría religiosa, empero, podía fácilmente explicar por qué el nivel del pasadizo en ese espantoso descenso había de resultar tan bajo como el de los templos... o menor, ya que en aquél uno no podía ponerse de rodillas. Mientras pensaba en las criaturas reptantes, aquellas formas momificadas que tan cerca estaban, sentí un nuevo espasmo de temor. Las asociaciones mentales son muy curiosas, y yo me encogí ante la idea de que, a excepción del pobre hombre primitivo despedazado en la última representación, la mía era la única forma humana entre aquella multitud de restos y símbolos de vida primordial.

Pero como siempre ha sido a lo largo de mi extraña y errabunda existencia, la maravilla pronto arrojó de mí el miedo, ya que el abismo luminoso y cuanto pudiera contener representaba un desafío digno del mayor de los exploradores. No me cabía duda de que un extraordinario mundo de misterio se encontraba al final de aquel tramo de peldaños extrañamente diminutos, y sentí el ansia de encontrar allí aquellos registros humanos que el corredor decorado no me diera. Los frescos me habían mostrado ciudades increíbles, colinas y valles en este territorio inferior, y mi fantasía se solazaba en las ricas y colosales ruinas que me estaban aguardando.

Mis temores, por supuesto, giraban en torno al pasado más que al futuro. Ni siquiera el horror físico de mi situación en ese minúsculo corredor de reptiles muertos y frescos antediluvianos, a kilómetros por debajo del mundo conocido y frente a otro mundo de sobrenaturales brumas y luces, podía competir con el miedo cerval que sentía ante la abismal antigüedad de las escenas y su esencia vital. Una antigüedad tan inmensa que hacía ridícula cualquier medida parecía acecharme desde las piedras primigenias y los templos cincelados de la ciudad sin nombre, mientras los postreros y sumamente impactantes mapas de los frescos mostraban océanos y continentes olvidados por el hombre, con sólo algún contorno vagamente familiar aquí y allá. De lo que pudiera haber ocurrido en las eras geológicas transcurridas desde el cese de las pinturas hasta que la raza acuciada por la muerte sucumbiera resentida ante su decadencia, nadie sabría decirlo. Esas cavernas y los territorios luminosos de más allá habían una vez rebosado de vida, pero ahora yo estaba solo junto a restos tangibles y me estremecía al pensar en las incontables edades durante las que esos restos habían aguardado en una espera silenciosa y solitaria.

Repentinamente sufrí otro golpe de ese miedo atroz que me asaltaba intermitentemente desde que viera por primera vez el terrible valle y la ciudad sin nombre bajo la fría luna, y a pesar de mi cansancio me descubrí levantándome frenético hasta una

postura sentada y mirando hacia atrás por el corredor negro, hacia los túneles que ascendían al mundo exterior. Mis sensaciones eran muy parecidas a las que me llevaran a evitar la ciudad sin nombre durante la noche, y resultaban tan inexplicables como acuciantes. En otro instante, sin embargo, sufrí una impresión aún más grande, esta vez en forma de un sonido audible... el primero en romper el silencio total de aquellas profundidades parecidas a tumbas. Se trataba de un lamento bajo y profundo, como el de un coro lejano de espíritus condenados, y procedían de la dirección hacia la que yo estaba mirando. Crecía con rapidez, hasta que pronto estuvo reverberando espantosamente a través de los pasadizos bajos, y entonces me percaté de una creciente corriente de aire frío, similar a la que corría por los túneles en la ciudad superior. El toque de ese aire pareció restaurar mi equilibrio, ya que al instante recordé las ráfagas repentinas que se alzaran en torno a la abertura del abismo al alba y al ocaso, lo que de hecho me había servido para descubrir los túneles ocultos. Lancé una ojeada al reloj y vi que el alba estaba próxima, por lo que me agarré para resistir la ventolera que soplaría de vuelta a su cueva de origen de la misma forma que había salido al atardecer. Mi temor volvió a menguar, ya que un fenómeno natural acostumbra a disipar las cábalas sobre lo desconocido.

Más y más enloquecido se agolpaba en ese abismo del interior de la tierra aquel viento nocturno gritón y quejumbroso. Volví a tumbarme y me aferré en vano al suelo, temiendo ser arrastrado al abismo fosforescente a través de la puerta abierta. No había supuesto tal furia, y mientras me iba percatando de cierto deslizar de mi cuerpo hacia la sima, me vi asaltado por un centenar de nuevos terrores, fruto de las aprensiones y la imaginación. La malignidad del aire despertaba increíbles fantasías; de nuevo me comparé de golpe con la otra y única imagen humana de aquel espantoso corredor, el hombre despedazado por la raza sin nombre, ya que los demoníacos zarpazos de la turbulenta corriente parecían albergar una rabia vengadora aún mayor por cuanto resultaba impotente. Creo que grité frenético cerca del final -estaba casi loco-, pero si así lo hice, mis gritos se perdieron en la infernal babel de los aulladores fantasmas del viento. Intenté arrastrarme contra el mortífero torrente invisible, pero no logré asirme a ningún lado y me vi empujado lenta e inexorablemente hacia el mundo desconocido. Finalmente debí perder por completo la razón, ya que acabé por balbucear una y otra vez el inexplicable pareado del árabe loco Alhazred, que soñó con la ciudad sin nombre:

«Que no está muerto lo que puede yacer eternamente,
Y en los eones por venir aun la muerte puede morir.»

Sólo los sombríos y meditabundos dioses del desierto saben qué ocurrió en realidad... qué indescriptibles luchas y combates sostuve en la oscuridad, o si Abaddón me guió de vuelta a la vida, donde siempre habré de recordar y estremecerme, hasta que el olvido –o algo peor– me alcance, cuando sopla el viento nocturno. Aquello era monstruoso, antinatural, colosal... demasiado alejado de cualquier concepción que el hombre pueda albergar, excepto en esas condenadamente silenciosas horas de madrugada cuando uno no puede dormir.

He dicho que la furia del soplo racheado era infernal, cacodemoníaca, y que sus voces resultaban espantosas por la reprimida malignidad de desoladas eternidades. Ahora esas voces, aunque aún me resultaban caóticas, parecían, para mi trastornado cerebro, articular allí detrás; y allá abajo, en la fosa de antigüedades muertas durante innumerables eones, a leguas por debajo del mundo de los hombres, iluminado por el alba, escuché el espantoso maldecir y gruñir de demonios de extrañas lenguas. Volviéndome, vi perfilarse contra el luminoso éter del abismo lo que no podía distinguirse contra el polvo del corredor... una horda de pesadilla de veloces demonios, distorsionados por el odio, grotescamente ataviados, semitransparentes; demonios de una raza inconfundiblemente inhumana... los reptantes reptiles de la ciudad sin nombre.

Y mientras el viento aminoraba me vi sumido en las oscuridades pobladas por demonios de las entrañas de la tierra; ya que, tras la última de las criaturas, la gran puerta broncínea retumbó cerrándose con un ensordecedor estruendo de metales cuyas reverberaciones ascendieron vibrando hasta el mundo distante para saludar al sol naciente, tal y como hace Memnón desde las riberas del Nilo.